

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	41 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios morales y políticos: *El Matrimonio*, por D. Leandro A. Hervero.—*Al Occidente*, poesía, por doña Faustina Saez de Melgar.—*El Sombrero*, por D. Adolfo Llanos y Alcaráz.—*Un recuerdo á mi país*, poesía, por doña Antonia Orts.—*Las Flores*, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*El Llanto*, poesía, por D. Pedro María Barrera.—*El Moro*, por Giambatista Giraldi Cintio.—Modas: *Correo de Señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—Labores, por Adelaida Montagnol.—Variedades.
Pliego undécimo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

EL MATRIMONIO.

DEBERES RECÍPROCOS.

Todos los prodigios del matrimonio reconocen por causa el amor: este dulce privilegio le asienta en un paraíso: su carencia le precipita en un infierno.

El amor es el secreto; la mujer domina por él, si

de él se inspira: el hombre se civiliza por él, si sabe sentir; y para que la armonía del hogar despliegue sus magnificencias, es necesario que los consortes se sometan al suave influjo de este sentimiento que coloca al marido á los pies de la sencilla esposa para recibir sus benéficas inspiraciones.

Vulgarmente se dice, que los hombres son lo que quieren las mujeres; y en efecto, esta verdad desconocida tanto tiempo, ha sido la causa eficiente de la barbarie antigua, en que el dominio brutal del hombre paralizaba la acción moral de la mujer. Hoy por ventura no sucede así, y la mujer de la civilización ejerce en el hogar el ministerio del consejo. La prevision la esquisita perspicacia con que llena su cometido; nos ponen de relieve cuán privilegiadas son sus facultades, y de cuántos beneficios la somos deudores.

Una mujer que sepa inspirar un amor puro y fecundo, alcanza un bello título, porque no hay un sér humano que evite su noble influencia: el corazón más endurecido no puede resistir el dominio de este sentimiento bien dirigido; hay algo de grande y de santo en las afecciones inocentes que tiene

el poder de subyugar toda propension dura y violenta.

En efecto: las pasiones no se moderan con pasiones, sino con virtudes; y el amor es la fuente preciosa de virtudes, cuyo raudal cristalino fertiliza los desiertos del corazón. En una esfera más elevada, todavía, el amor es ese mágico poder que ennoblecce nuestra alma y la dota de inspiraciones soberanas.

¡Cuánto bien no nos hemos sentido dispuestos á derramar por el amor! Qué sueños de gloria, de heroísmo, de grandeza! Parece que nos eleva sobre el imposible, que nos revela el dulcísimo secreto de la armonía universal! En esa edad de oro de la existencia, en esa juventud que malgastamos en futilidades, ¡qué de seductoras perspectivas no nos ofrece, qué sonidos tan suaves, qué aromas tan arrobadores! Ni una sombra, ni una duda; todo fé, todo bondad, todo esperanza, todo belleza; ilusiones que encantan, horizontes que sonríen, luces por do quiera, vida riquísima y fecunda, en que el bien con su perfume celestial se nos ofrece radiante! Y todo esto es inspirado por una mujer! ¡Una mujer! á la dulce melodía de su voz se abre nuestra alma como el cáliz de la flor para recibir las diáfanas gotas del rocío: la escuchais con el éxtasis de un niño: por su boca os habla el cielo: que os pida gloria, y la buscareis: que os pida sacrificios, y los consumareis: que os pida virtudes y las alcanzareis. Cualquiera que sea la dignidad de esta mujer, sea vuestra madre, vuestra esposa, vuestra hermana, decidme si su lenguaje no es el lenguaje del alma; porque solo la mujer sabe hablar al alma.

El amor es la fuente de los deberes recíprocos de los casados, el núcleo de sus mas puros placeres, y el que los inspira para el cumplimiento de su destino. El amor refrena al marido, contiene sus demandas, dulcifica su carácter, le regenera; el amor alienta á la mujer para derramar sus beneficios; el amor nutre su corazón con aromas de ternura y de virtud: todos los deberes son secuelas del amor: la honestidad, el pudor, la caridad, todo lo bello y fecundo emana del amor, porque este inefable sentimiento es como el lazo que une la tierra con el cielo, como el anillo que une al hombre con lo divino, como el astro luminoso que preside la vida universal ¡Esta humanidad tan calumniada siempre, se ha mostrado dispuesta á sentir las bellezas del bien cuando el amor la ha llamado con su armonioso lenguaje! Y es

que, así como el sol es el alma de la materia, el amor es el sol de la vida del alma!

Como en el hogar entrañe el amor, el amor verdadero, ese sentimiento noble, generoso, honesto, desinteresado y puro, no temais: allí renacerán como otras tantas flores las más preciosas virtudes: allí la tradición de la vida pasará de generación á generación sin perder una sola magnificencia: el árbol de la familia verá caer tranquilamente sus hojas en el otoño; pero florecerán en la próxima primavera, porque al pie de la tumba que recoge las que mueren, se encuentra la raíz que sostiene el germen de las que viven, y ese germen no será agotado por el fuego impuro del crimen y del vicio, sino que se desenvolverá dulcemente al abrigo de la nobleza que le sustente.

Quisiéramos estampar en todos los hogares una ley de amor, de tal eficacia, tan universal, que, por decirlo así, fuera como su astro vivificante: esa ley sería el resorte fecundo de la educación del alma: educación del esposo y de la esposa, del hijo y de la hija, del hombre y de la mujer, en una palabra; esa ley sería el alma de los deberes internos y externos, porque el hogar no es un recinto aislado, sino que tiene relación visible con toda la humanidad. Así evitaríamos todos los extremos, todas las decepciones; los derechos del hombre suavizados por el amor; la misión de la mujer inspirada por el amor; la obediencia del hijo por el amor. Bajo estos auspicios la era de la civilización se desplegaría en toda su hermosura, y la sociedad humana no sería víctima de esa ceguera que exige esclavos para el cumplimiento del deber, autómatas desgraciados cuya conciencia dormita en brazos de la ignorancia, ó fanáticos declamadores que prosternan sus derechos desconociendo absolutamente lo que se deben á sí mismos como hombres.

Entrañad la ley del amor en los hogares, y vereis á qué soberana altura lo eleva todo; el esposo y la esposa serán dos seres en uno: compartirán sus penas y sus alegrías; la vida del alma y la de la materia; los dolores morales y las enfermedades físicas; el auxilio será mutuo; la educación mutua; los beneficios mutuos; sus hijos, gotas de su ternura, serán la copia del modelo: y si ese amor no es un pseudo-amor, si escapa la miseria de la carne y se reviste de las galanuras morales, jamás perderá su decencia, su pudor, su decoro: será siempre un perfume ondeante que derramará beneficios sobre la

humanidad respetando y amando á la humanidad; en una palabra, si el amor de los esposos es la imágen fiel de la hermosura moral, no se extinguirá en un día, en una hora, como las pasiones que nos identifican con el animal; prevalecerá constantemente sobre todos los vaivenes de la fortuna, sobre la desgracia, sobre los días de nubes, sobre la pobreza, sobre todas las calamidades; será una estela de bienandanza con fulgor nunca extinguido: será un vínculo vivo que más se robustecerá con la posesion de hijos adorados, esencia de su alma y sangre de su sangre. ¡Sublime armonía! Todo funcionando á favor del bien: todo cumpliendo en silencio las leyes de la naturaleza: allí la vida no se desgarrará en pedazos como entre las espinas del vicio y del crimen que ofrecen lúgubrementes los girones de la carne; allí se extinguirá suavemente, se doblegará sonriendo ante la guadaña de la muerte, que se despojará de su fúnebre atavío para herir; se morirá entre luces de primavera, sonriendo de felicidad, con lágrimas de júbilo en los ojos y caridad en el corazón; será la muerte de la flor que arroja á los insectos su pétalo marchito, y eleva al cielo su bendito aroma, al arrullo de los mil ecos de la armonía universal. ¡Existencia venturosa! ¿Quién te ha embellecido? ¿Quién te dió esos encantos? ¡El amor, la vida del alma, que te ha alejado de nuestra esfera terrestre, que te ha elevado al infinito!

LEANDRO A. HERRERO.

AL OCCIDENTE.

Cuán bello, encantador y majestuoso
Osténtase orgulloso
En su cumbre rojiza el Occidente,
Acogiendo en desmayo
El moribundo rayo
Que Apolo lanza de su altiva frente.

Bellísima su lumbre reverbera
Cuando ya su carrera,
Término hallando con el claro día,
En su fúlgido seno
Se esconde, siempre lleno
De hermosura, de amor, de poesía.

Muy grato, sí; sus últimos destellos,
Argentinos y bellos,
Iluminan con luz opaca y pura
La campiña florecida,
Que brilla enriquecida
Con los sublimes dones de natura.

Todo en silencio misterioso queda;
La brisa vuela leda
Á recoger los pálidos fulgores
Del astro rey, que deja
Nuestra tierra, y se aleja
Entre nubes de vividos colores.

Ya su luz ardorosa nos oculta
La nube que sepulta
Su postrer rayo tras la parda loma,
Y aparece más bello
El tímido destello
Del Occidente que purpureo asoma.

Y entre franjas de grana y viva lumbre,
En la escarpada cumbre,
De la altiva montaña majestuosa,
Donde ostenta su frente
El brillo refulgente
De Apolo, rey de la natura hermosa.

¡Ah! goza, pues, desde tu altura inmensa
La perspectiva estensa]
Que á tus ojos ofrece la ancha tierra:
Goza, pues, un momento
Feliz en tu elemento,
Las glorias ¡ay! que el universo encierra.

Antes que llegue presurosa y fría
A ocultar tu agonía
La oscura noche entre su negro manto,
Con pavoroso duelo
Cubriendo tierra y cielo
Sin que mire, Occidente, tu quebranto.

Goza feliz de tu fugaz reinado;
Mi pecho enajenado
Adora tu crepúsculo divino,
Y admira la belleza
Que dió naturaleza
A tu fulgor postrero y diamantino.

Enamorada de tu lumbre vivo,
Y el númen que recibo
Le emplearé en cantar siempre tu gloria;
Pero ¡ay! nunca te alejes,
Y en el valle me dejes
Cantando sola tu brillante historia.

Ilumina mi faz cuando á mi lira
Tu suave luz inspira
Canciones y memorias olvidadas;
Verás cual rutilante
Mi mente delirante
Las lleva á tus regiones azuladas.

Verás cuán feliz soy lejos del mundo,
En éxtasis profundo
Soñando con tu gloria y mis amores,
Y en este valle umbroso
Dulcísimo reposo
Sintiendo al contemplar tus resplandores.

¡Ah! vive siempre con tan puro brillo;
Mas... tu rayo amarillo
Tornóse oscuro, vacilante y denso;
¡Ay! triste suerte mía,
Que ya la noche fría
Tiende su velo pavoroso, inmenso.

Avanza audaz por el espeso monte,
Y llena el horizonte
De tinieblas y sombras misteriosas,
Y tu altiva montaña
Es la última de España
Que esconde sus antorchas luminosas.

Bello Occidente, adios; ojalá pueda
Cual hoy, amante y leda,
Muchos años cantar cómo fulgura
Tu lumbre solitaria,
Que alzaré mi plegaria
Saludando tu mágica hermosura.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Setiembre 1856.

EL SOMBRERO.

He aquí un apéndice característico por excelencia.

Para formar un traje se requieren como prendas

necesarias la levita, el chaleco, las botas y los pantalones; pero lo esencial, lo imprescindible, es el sombrero.

Pocos se fijarán en la hechura de nuestro chaqué ó en el corte de nuestro pantalón; pero la forma de vuestro sombrero llamará la atención de todo el mundo.

Podreis llevar el chaleco raído, la levita averiada y los guantes rotos, sin que muchos lo echen de ver; pero lo intolerable, lo que anuncia la decadencia y atrae los pensamientos sospechosos, es el sombrero en mal estado.

Lanzaos á la calle sin sombrero y pareceréis á los demás un hombre desnudo. Tanto os valiera escribir un capítulo sin puntuación.

El capítulo no podrá leerse bien, mientras no se le puntúe. Las gentes no os considerarán completos mientras lleveis la cabeza al aire.

Poco importa que os vistais con más ó menos gusto; el golpe de vista, el baño, la gracia del traje será el sombrero que lleveis; él recibe de lleno la mirada y causa la primera impresión.

¿Veis al orador que con severo traje y nobles maneras mantiene á su auditorio pendiente de sus labios elocuentísimos? Pues colocad de improviso sobre su cabeza un sombrero de forma caprichosa, y vereis al concurso en masa soltando la carcajada ante la ridícula figura de su ídolo.

Construid un edificio elegante, y coronadlo por una cornisa de mal gusto. La obra quedará fea por carecer de buen sombrero.

Haceos un gaban inmejorable, y como el sastre lo planche mal, no podreis llevarlo; porque la plancha es el sombrero de la prenda.

Decid un discurso bueno y concluidlo mal. El público quedará frío.

Decidlo malo y concluid con un golpe de gran efecto. La emoción será segura.

Y en otros mil ejemplos que pudiera citaros, veriais que el sombrero es el alma de todas las cosas.

Sin embargo, me direis; el sombrero no constituye el traje; no es tan necesario como los zapatos ó la camisa.

Convengo en ello: no es absolutamente necesario porque tampoco lo son la cornisa del edificio, el planchado del gaban, y la conclusión del discurso; pero sin estos remates, ni el edificio será bello, ni la prenda elegante, ni el discurso conmovedor. Cada cosa será una en su género, pero sin adjetivo que la

hermosee: materia sin espíritu, cuerpo sin alma.

¿Qué influencia no ejerce sobre cualquier cabeza un sombrero de anchas alas, ó de enorme copa?

¿Qué espresiones tan distintas no dan á la fisonomía las diversas posturas en que se coloca un mismo sombrero?

El rostro solo no es más que un semblante alegre ó triste, feo ó bonito, cuya espresion puede ser momentánea y variable, y en el que apenas adivinaremos lo que en instantes dados sienta la persona; pero cuando ella se coloque el sombrero, ya no os quedará duda de su carácter.

En el modo de cogerlo, en la manera de ajustarlo, de inclinarlo, de alisarlo ó de oprimirlo, conoceréis el génio suave, iracundo, melancólico, irritable ó bondadoso.

El hombre descubierto, es la masa informe: solo sabrás de él que se compone de harina, ó de huevo, ó de almendra amarga; pero ignorais si aquello será pastel, empanada ó bizcotela. Mas despues de que se cubra, ya podreis decir con alguna seguridad el género á que pertenece en el ramo de reposteria. ¡Y cuántas veces lo juzgareis al principio como selecto bizcocho, hallándoos luego con que es pan de munición!

Para comprender que el sombrero es el arma de los efectos grandiosos, ved cómo todo actor cómico inteligente cuida de tener una escogida y variada coleccion de sombreros estravagantes. Ellos son frecuente causa de sus mayores triunfos, y en muchas ocasiones se salva una comedia por la oportuna intervencion de un sombrero de mala muerte.

«¿Dónde está mi cabeza?» decimos algunas veces al salir de una casa amiga; y esta frase, que parece chancera, es la cabal espresion de nuestro pensamiento, que no concibe la posibilidad de salir de casa con la cabeza al aire; porque ¿á dónde va, de dónde sale, en dónde entra un hombre sin sombrero?

Reconocida la importancia del sombrero, falta averiguar si en todas ocasiones es útil al individuo y á la sociedad.

Tarea es esta que requiere ánimos superiores á los míos, y así dejo al lector en libertad de discurrir á sus anchas, contentándome con añadir, en prueba de mis asertos, algunas observaciones filosóficas.

La mujer fué la última mano que dió á su obra el Supremo Hacedor; su última idea, el sombrero de sus concepciones.

El alma es el sombrero del sér racional.

La losa de la tumba es el sombrero de la materia. El cielo, en fin, es la gran tapadera del orbe, el inmenso sombrero de la Creación.

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ.

UN RECUERDO Á MI PAÍS (1).

DEDICADO Á MI QUERIDO TIO DON JOSÉ LINARES.

A ti, mi patria querida

Hoy dedico mi cantar;

A ti, que duermes mecida

Por los arrullos del mar.

Ese mar que yo algun día

Contemplaba tantas veces,

Cuando el pescador cogia

Mil variedades de peces.

Mar hermoso, que retrata

Del cielo los astros bellos,

Y entre sus ondas de plata

Refleja el sol sus destellos.

¡Qué feliz era al pisar

Tu suelo lleno de flores,

Oyendo el dulce cantar

De mirlos y ruiseñores!

Y admirando tus jardines

Que encierran gratos encantos,

Guarnecidos de jazmines,

Azucenas y amarantos.

Ostenta ufana su fruto

Allí la palmera altiva,

Porque le rindan tributo

El mirto y la siempreviva.

El verde naranjo hermoso

Guarda de azahar su tesoro,

Que luego ve presuroso

Convertirse en pomas de oro.

Dálías, claveles y rosas,

Florece con profusion,

Y las blancas mariposas

Buscan allí su mansion.

De mi infancia en los albores

Pasaba allí deliciosa,

Entre amigos y entre flores

Que me hacian mas dichosa.

No atormenteis mi memoria,

(1) La villa de Benldorm, provincia de Alicante.

Dulces recuerdos de ayer,
Recordándome una gloria
Que huyó para no volver.

Bendigo á Dios cuya mano
Tal Eden pudo crear;
Perla del Mediterráneo,
Acoge tú mi cantar.

¡Dios mío, que desde el cielo
Ver puedes mi triste llanto;
Haz llegar hasta aquel suelo,
De mi novel lira el canto!

ANTONIA ORTS.

Pravia y Marzo 8 de 1865.

LAS FLORES.

Brotan en los campos como el más bello adorno de la naturaleza; reciben la vida del rocío que las refresca, y del sol que las vigoriza; viven tranquilas escondidas en sus pabellones de hojas ó acariciadas por la corriente de los arroyuelos.

Las flores son el mas precioso adorno de las hermosas.

De flores se coronaban los mártires, y con ellas se cubren hoy los altares.

Nada hay que respire tanta pureza como una violeta plegada en su cáliz, tímida y perfumada con un aroma, que como la virtud atrae; nada hay más hermoso que una rosa de estendidas hojas, teñida de coral y embriagando con su perfume delicioso como una hermosa con su aliento perfumador; nada hay mas brillante que un clavel, cuando sobre sus hojas de encaje titilan las perlas del rocío.

Las flores son hermanas de las mujeres.

Una mujer que no ame á las flores, sería como una flor sin aroma.

Por eso el adorno mas emblemático de las bellas son y serán las flores.

La aurora de la creacion se halla escrita en la tierra con las flores de los valles; huye el invierno; las nieves de las altas montañas, convertidas en cristalinos torrentes, bajan á fecundar la campiña; un cielo puro y diáfano se trasparenta bordado por las blancas nubecillas de la alborada ó por las ráfagas de un sol deslumbrador, cuyas trenzas de oro se deslizan al través de la verdura, ó reflejan sobre las arenas del rio; la primavera lanza su primer suspiro de

amor, y la *campanilla blanca*, como el heraldo del ejército de las flores, brota tímida entre el naciente musgo humedecido aun con los hielos del invierno. El *lirio del valle* con sus ramos de verde sombrío y sus moradas hojas fileteadas de oro, se yergue altivo en la falda de la colina, como galante guardador de la sencilla *violeta*, que con perfumes delicadísimos viene á darnos una idea de todo lo más puro y más dulce que puede nacer en los campos; los *narcisos* retratan su deslumbrante blancura en el cristal de los arroyos, y abierta la entrada á las hijas de la primavera, la florida muchedumbre lo invade todo.

Las *lilas* perfuman el ambiente desde sus altos arbustos, á los que parecen cubrir de nieve; el *tulipan*, soberbio con sus tornasoles de azul y oro, recoge en su copa oriental las gotas de la lluvia; el *jacinto* de color de cielo y la pequeña *rosa de Bengala* brotan al pié de la magnífica red, por entre cuya verde malla asoman sus hojas el *jazmin* y la *azucena*; las *rosas* y los *claveles* se levantan orgullosos como los soberanos del pensil.

La primavera hace brotar flores en todos los campos, en todas las montañas; en la cumbre de las altas rocas del Pirineo, entre aquellos peñascos, mitad de pizarra y mitad de nieve, al borde de los abismos donde se precipitan las cataratas, brotando en las junturas de aquellas rocas, á donde ni los buitres osan alzar el vuelo, azotada por el viento, nace la triste planta del *eleboro* con sus hojillas de verde oscuro, sus granos negros y sus *campanillas* rojizas; allí nace sola, vive sola; naturaleza de muerte es la que le rodea, y sin embargo la pobre planta cruza su existencia en aquellos picos, mandando como todas las flores al Hacedor el agreste y rudo perfume que de sus pétalos exhala. Para ella es desconocida toda otra existencia; nacida entre la nieve y el hielo sepulta sus hojas, vive solitaria; alguna vez el águila de la montaña roza sus alas de color de ceniza con el *eleboro*; otras veces la ligera gamuza cruza ante la flor en rauda torbellino, perdiéndose á lo lejos entre la bruma de los torrentes; el huracan es el mas constante compañero de la olvidada planta; la envuelve á veces en torbellinos de nieve, ó bien la azota contra las peñas; pero el *eleboro* vive, vive como las flores de los jardines; y como ellas recibe el rayo vivificador del sol, divina mirada de Dios, que tiene luz para todos los seres.

JOAQUIN TOMEY BENEICTO.

EL LLANTO.

Todo llanto es un rocío.
(C. Rubio.)

Cuando el alma vencida
Por terrible dolor, rasgar no alcanza
La tela que tupida
Trueca en sombra la luz de la esperanza;
Cuando, por mas que el pensamiento avanza,
Obediente del alma á los antojos,
No consigue pasar el laberinto
Que forman del destino los enojos,
El corazon, en lágrimas deshecho,
Al inundar el pecho
Se mira en los cristales de los ojos.

Cuando el alma dichosa
Sueña y olvida penas y dolores,
Y en sus alas de rosa
La columpian los génius bienhechores,
Dándola del placer cándidas flores;
Cuando todo es encanto y armonía,
Y vida y luz, y el sol de la ventura
Sus amorosos rayos nos envía,
El corazon doblando su latido,
En perlas convertido,
Humedece los ojos de alegría.

Si el dolor es la muerte
Y la vida el placer, el sentimiento
Retrata de igual suerte
Cuna y sepulcro, goce y sufrimiento.
¡Lágrimas! con vosotras va el contento.
¡Lágrimas! con vosotras su quebranto
Espresa siempre el alma acongojada.
De la existencia poderoso encanto,
Hijas del cielo, en vuestra pura esencia
Reasumis la existencia.
¡Tristes y alegres! bendecid el llanto.

PEDRO MARÍA BARRERA.

EL MORO.

LEYENDA ITALIANA (1).

Habia en Venecia un capitán moro, célebre por su incomparable valor. Las muestras de talento y de prudencia que habia dado durante las guerras, le

valieron el aprecio de los señores, que, para recompensar sus hechos de armas, le concedieron más gracias y honores que solian conceder por entonces las demás repúblicas. Una dama muy virtuosa, de una hermosura sin igual, llamada Desdémón, se enamoró del capitán, más bien admirando sus virtudes que por un simple capricho de mujer, y el moro á su vez, vencido por tanta gracia y tanta amabilidad, se apasionó no menos pronto de ella. Su amor aumentó de tal modo, que despues de algun tiempo se casaron, aunque los padres de la jóven hicieran todo lo posible para darle otro esposo, y vivieron juntos en tan buena union y en medio de tan dulce paz, que entre ellos no se oian sino palabras de cariño.

Sucedió, pues, que los señores de Venecia, al hacer algunos cambios en el ejército que tenian en Chipre, nombraron al moro capitán de aquel punto. Este se alegró al pronto con tal nombramiento, porque este cargo solo se concedia á los nobles y valerosos que habian dado pruebas de su fidelidad.

Mas su alegría se disminuía siempre que pensaba que las dificultades y molestias del viaje podrian perjudicar á su esposa. Desdémón, por el contrario, no teniendo en el mundo otro bien que su esposo, estaba orgullosa del empleo honorífico que le habia concedido tan noble y tan poderosa república. Anhelaba por momentos que llegase la hora en que partiera al frente de sus soldados, para ocupar un puesto tan honroso, si bien por otro lado sentia verle triste, hasta que un dia, ignorando la causa de su tristeza, le dijo:

—Noble moro, ¿cómo estáis tan abatido, cuando la república os ha concedido un cargo tan honroso?

—Desdémón, contestó él, solo una cosa disminuye mi alegría; el amor mismo que te profeso. Tengo que llevarte conmigo esponiéndote á los peligros del mar, ó para no causarte molestia ni pena, tengo que dejarte en Venecia. Lo primero me es muy sensible; los peligros y fatigas á que estarás espuesta, serán para mí un tormento; pero tambien dejarte aquí me causará mil angustias. Separarme de tí, es separarme de mi propia vida.

—Mi querido esposo, exclamó Desdémón; ¿cómo puede entristeceros tanto tan poca cosa? Adonde quiera que vayais, ire yo tambien, aunque fuera menester pasar por medio de las llamas; mas ahora solo es cuestion de ir á vuestro lado en un navio seguro. Si hay peligros y fatigas, una parte me cor-

(1) Esta leyenda ha inspirado á Shakspeare su magnífico drama titulado *Otelo*, ó el *Moro de Venecia*.

responde; en verdad que no me amais, si para que no vaya por el mar, me dejais sola en Venecia; y si podeis creer que me quedaria yo aqui indiferente y ociosa, en lugar de arrostrar, si es preciso, la muerte á vuestro lado. Preparad, pues, todo lo necesario para el viaje, con la prontitud que conviene á un hombre que tanta honra recibe de la república.

El moro abrazó tiernamente á su esposa, y le dijo:

—¡Dios conserve por mucho tiempo nuestro amor!

Pocos dias despues Desdémoma y el moro salieron de Venecia con toda la compañía; y habiendo estado el mar tranquilo durante el viaje, llegaron pronto á Chipre.

Habia en la compañía un alférez de gallarda apostura, pero el hombre más envidioso del mundo. El moro le queria mucho, porque no sabia cuáles eran sus malas intenciones. El jóven por su parte con palabras de arrogancia y de virtud ocultaba los sentimientos viles que abrigaba su corazon. Tambien habia llevado á Chipre á su esposa, mujer honrada y bella; que Desdémoma apreciaba sobre manera, porque era italiana, y que la mayor parte del dia permanecia con ella. El moro queria además á un teniente que iba á menudo á su casa, donde cenaba de vez en cuando. Desdémoma, sabiendo que su esposo le apreciaba en extremo, le recibia siempre con muestras de cariño y con mucha amabilidad.

El alférez, olvidándose de la fe que habia jurado á su esposa, y de los lazos de honor y de agradecimiento que le unian con el moro, se enamoró apasionadamente de Desdémoma. Buscaba un medio de hacerse dueño de ella; pero no se atrevia á confesar su amor, temiendo que el moro al adivinarlo le matara. Por fin se decidió á abrir con la mayor prudencia su corazon á la dama.

Ella, que no pensaba mas que en el moro, no podia cuidado ni en él ni en lo que hacia para enamorarla. Esta misma indiferencia hizo creer al alférez que Desdémoma amaba al teniente, y desde entonces resolvió poner fin al supuesto amor. Su pasion por la esposa del capitan se cambió en un odio profundo, hasta el punto de imaginarse que, si no llegaba á ser su dueño despues de haber matado al teniente, nadie lo seria tampoco, y que ni el mismo moro gozaria de su amor. Despues de haber meditado mil medios de vengarse, se decidió por fin á acusar á Desdémoma de adúltera, y á descubrir á su esposo que el traidor era el teniente. Pero sabiendo que el moro

amaba con extremo á Desdémoma, y apreciaba tambien mucho á su compañero, vió lo difícil que seria poner mal con él á una y á otro, si no encontraba un medio de engañarle con astucia. Se puso, pues, á esperar el momento oportuno de llevar á cabo su proyecto.

Poco tiempo despues tuvo el moro que quitar el grado al teniente, que en un arrebató de ira habia herido á un soldado. Este castigo afligió á Desdémoma, por lo cual procuraba á menudo reconciliar á los dos compañeros.

Un dia dijo el moro al alférez que su esposa se interesaba tanto por el teniente, que al fin y al cabo tendria que devolverle el grado. El alférez se valió de esta ocasion para poner en planta sus viles proyectos.

—Quizás, dijo, Desdémoma le ve aquí demasiado á menudo.

—¿Cuándo? dijo el moro.

—No me quiero meter en los asuntos de dos casados. Abrid los ojos, y entonces vereis claro.

Por más que el capitan le instó, el traidor no quiso decir nada más. Sus palabras despertaron en el alma del moro algunas sospechas; y no pudiéndoselas explicar, se puso de muy mal humor. Un dia en que su esposa le hablaba en favor del teniente, rogándole que por una falta tan pequeña no olvidara sus muchos servicios y su antigua amistad, no se pudo contener, y le dijo:

—Te cuidas demasiado de ese hombre, y no es ni tu hermano, ni siquiera pariente tuyo, para que te tomes tanto interés por él.

—No quisiera haberos incomodado, le contestó con dulzura Desdémoma; no tengo otro motivo para compadecerme de ese hombre que el de veros privado de un tan buen amigo, y no creo haber cometido una falta tan grave para que esteis resentido conmigo. Pero vosotros, los moros, teneis una falta tal, que una nada os irrita, y despierta en vuestro corazon sentimientos de venganza....

Estas palabras aumentaron la ira del moro, que exclamó:

—Mi despecho alcanzará quizá á alguno que no se lo espera, y estoy dispuesto á tomar venganza de las injurias que se me han hecho, hasta saciar mi odio.

Desdémoma se asustó al oir estas palabras y al ver que su esposo temblaba de cólera, y le dijo con humildad:

—Siempre que os he hablado de este asunto ha

sido con la mejor intencion; mas desde hoy me callaré, para no daros en adelante motivos de enfado.

Despues de tales instancias en favor del teniente, el moro comprendió que el alferez le habia querido decir que su esposa estaba enamorada de su amigo. Se fué á buscar al traidor para que le hablara con más claridad; y el alferez, negándose al principio á descubrir al moro nada que pudiera causarle disgusto, le dijo por fin, como vencido por sus súplicas:

—Os confieso que siento en el alma teneros que descubrir un secreto tan cruel; mas ya que así lo quereis, y que me lo manda además la amistad que os profeso, sabed, pues, que vuestra esposa no tiene otro motivo para sentir la desgracia del teniente que el de no tener ahora el gusto de verle, y entretenerse con él con tanta frecuencia como antes. Quizá no le agrade ya vuestro color.

Estas palabras hirieron profundamente el corazon del moro. No dudó ni un momento de lo que el alferez le decia, porque lo mismo habia él sospechado; pero queriendo saber todavía más, exclamó:

—¿No sé cómo me contengo, y no te arranco esa lengua vil que se atreve á acusar de tal manera á mi esposa!

—No me esperaba yo otra cosa, contestó el alferez. Pero ya que mi deber y el deseo de conservar intacto vuestro honor me han llevado tan lejos, os repito que cuanto he dicho es verdad. Si vuestra esposa, con sus demostraciones de amor, os ha cerrado tan bien los ojos, que ya no veis lo que debias ver, no es un motivo para que yo os oculte la verdad. El teniente mismo se ha jactado ante mí, porque es un hombre tal, que no tendria por completa su felicidad si no la participara á otros. Si no hubiera sido por temor á vuestro enojo, ya le hubiera yo pagado como se merece, atravesándole el cuerpo con mi espada; mas, puesto que al deciros lo que os interesa más que á nadie, solo he conseguido irritaros contra mí, más me hubiera valido callarme.

—En efecto, exclamó el moro; si no me haces ver por mis propios ojos lo que me acabas de decir, está seguro de que más te hubiera valido haberte callado.

—Me habria sido bien fácil, añadió el traidor, cuando el teniente frecuentaba vuestra casa; pero ahora que le habeis prohibido la entrada por un motivo fútil, y no por el verdadero, será más difícil. Estoy con todo persuadido de que Desdémona es suya, siempre que la ocasion se presenta; pero como

ahora sabe que odiais á ese hombre, no es extraño que se conduzca con más recato y más prudencia. Sin embargo, no pierdo la esperanza de haceros ver antes de poco lo que no quereis creer.

Un momento despues se separaron. El moro, como herido de un puñal en el corazon, se dirigió lentamente á su casa, donde debia esperar lo que le habia prometido el alferez, lo que seria causa de su desventura. Mas el recato y castidad de Desdémona causaban tanto disgusto al infame alferez como los celos del desdichado moro. No sabiendo de qué medio valerse para probar lo que habia dicho, inventó un nuevo ardid. Desdémona iba á menudo á su casa, y permanecia con su mujer largo tiempo. Habiendo notado que casi siempre llevaba un pañuelo bordado, sumamente fino, que le habia regalado su esposo, resolvió quitárselo sin que ella lo viera, y servirse de él para conseguir su objeto. El alferez tenia una niña de tres años, á quien Desdémona queria tiernamente: la cogió un dia para sentarla en el regazo de la dama, y mientras que esta acariciaba á la niña, él le arrancó con tanta presteza el pañuelo de la cintura, que ella nada notó.

Desdémona volvió á su casa, y con otros pensamientos en la mente, no se acordó al pronto del pañuelo. Pero unos dias despues lo buscó por todas partes, y no encontrándole, temió que el moro se lo pidiera como solia hacer de cuando en cuando. Mientras tanto el alferez, un dia en que el teniente no estaba en su casa, entró de oculto, y puso el pañuelo en la cabecera de su cama. Al siguiente dia, al levantarse el teniente, notó que se caia una cosa de la cama, y viendo lo que era, no pudo explicarse cómo aquel pañuelo estaba allí. Por fin, conoció que era de Desdémona, y tomó la resolucion de ir á devolvérselo. Esperó que el moro saliera de casa, y llegando á una puerta que daba al jardin, llamó varias veces. La fortuna, que parecia proteger al traidor para conseguir la muerte de la infeliz Desdémona, quiso que en aquel mismo momento volviera el moro á su casa. En cuanto oyó llamar á la puerta, abrió una ventana, y gritó: ¡Quién llama!

El teniente conoció la voz del capitán, y se marchó sin contestar. El moro abrió la puerta, miró por todos lados y no vió á nadie. Acosado por crueles sospechas, preguntó á su esposa con dureza si sabia quién habia llamado. Ella contestó, y era la verdad, que nada sabia.

—Me habia parecido el teniente, le dijo el moro.

—No sé si será él ó cualquier otro, respondió ella.

El moro moderó su cólera, que estaba á punto de estallar, no queriendo tomar ninguna resolucíon sin ver antes al alferez. Se fué, pues, á buscarle, le contó lo que habia sucedido, y le encargó de acechar como mejor pudiera al teniente. Aquel prometió hacerlo así, alegrándose en extremo al ver que las cosas salian á su gusto. Un día, pues, se puso á hablar con el teniente en un sitio cerca del cual se habia escondido el moro, de manera que los veia de lejos sin que ellos le vieran á él, y aunque en su conversacion no mentaban siquiera á Desdémona, él sin embargo, se reía á carcajadas, haciendo toda clase de gestos como si oyera de boca del teniente cosas que le llenaran de admiracion. En cuanto se hubieron separado, el moro se fué á él y le preguntó qué sabia de nuevo. Mas el pérfido se hizo rogar largo tiempo, hasta que por fin dijo:

—Ya nada me ha ocultado; me ha confesado que gozaba del amor de vuestra esposa, y que se veian á solas siempre que saliais de casa. La última vez le habia dado ella un pañuelo bordado que le habeis regalado vos.

El moro le dió por todo las gracias, y convino en que si su esposa notenia en su poder el pañuelo, no necesitaba más pruebas de su maldad.

—Después de comer se puso á hablar con ella de diferentes asuntos, y como por acaso le pidió el pañuelo bordado. La infeliz se puso encendida como la grana, y para ocultar su rubor se levantó y revolvió un cofrecito que tenia. Después de haber buscado en vano largo tiempo, dijo:

—No lo encuentro por ningun lado; quizás lo habeis cogido vos.

—Si lo tuviera yo, le contestó él, no te lo pediria. Ya lo buscarás otro día más despacio.

Y desde entonces se puso á pensar cómo podria matar á su esposa y al teniente sin que nadie llegase á sospechar que él fuese autor de su muerte.

Día y noche daba vueltas en su imaginacion á este pensamiento, y aunque á veces sonreia para ocultar su fatal proyecto, Desdémona conocia que no la trataba ya como antes.

—¿Qué teneis? ¿qué os entristece? le decia: ¿por qué no sois ya lo que erais antes para conmigo?

El moro se escusaba como podia, y la desdichada quedaba sin consuelo. Si bien sabia que no le habia dado motivo para enojarle, temia sin embargo

perder por siempre su cariño, por lo cual se quejaba á la mujer del alferez en estos términos:

—No sé lo que el moro tiene: él, que tan cariñoso era conmigo, se ha vuelto adusto é indiferente. No quiera Dios que sirva yo de triste ejemplo á las jóvenes que se casan contra la voluntad de sus padres. Quizás mi suerte fatal enseñe á las damas italianas que no es bueno elegir por esposos á los hombres que el cielo y la naturaleza han puesto lejos de nosotros.... Mas ya que vuestro esposo es amigo del mio, si os dice alguna cosa que me pueda ser útil, ayúdame en medio de mi desgracia, os lo ruego.

Y esto lo decia llorando á lágrima viva.

La mujer del alferez estaba enterada de todo; pero no se atrevia á hablar, porque temia escitar el enojo de su esposo. Solamente contestó á Desdémona.

—No deis que sospechar al moro, y cuidad de que no halle en vos sino amor y fé.

—Así lo hago; pero como si nada hiciera.

El moro mientras tanto buscaba el medio de enterarse de lo que nunca hubiera querido descubrir. Encargó al alferez de hacer lo posible para que él pudiera ver un momento solo el pañuelo en manos del teniente, y aunque no era cosa fácil, el malvado se obligó á ello. En casa de aquel habia una mujer que bordaba admirablemente. Vió el pañuelo y quiso hacer uno igual: mas sabiendo que era de la esposa del moro, á quien se le iba á devolver, se puso á trabajar á toda prisa. El alferez notó que se ponía á bordar á una ventana, donde era fácil verla desde la calle. Llevó allí al moro, que reconoció el pañuelo al momento. Estando desde entonces seguro de que su mujer era adúltera, resolvió terminantemente matar á ella y al teniente; y encargó este último á su amigo, diciéndole que si le mataba le daría la mayor prueba de amistad. El alferez no queria al pronto prestarse á acometer tamaña accion, más que por nada, porque el teniente era hombre de mucho valor. Pero el moro le dió tanto dinero, que por fin se decidió á probar al menos fortuna. Una noche muy oscura al salir el teniente de casa de una cortesana, el malvado se precipitó sobre él espada en mano, y le dió tal golpe en las piernas, que el pobre hombre cayó á tierra herido gravemente en el málto derecho. El asesino fué á él para acabarlo, mas el teniente, á pesar de estar herido, sacó su espada y se defendió valerosamente gritando: ¡al asesino!

El alferez huyó al oír que el pueblo y los soldados acudian á los gritos. Al poco tiempo volvió, se

metió entre la gente, y al ver que la herida de su compañero era bastante grave, hizo como si tuviera lástima de él consolándole como á un hermano.

Á la mañana siguiente se divulgó la noticia por la ciudad, y en cuanto la supo Desdémona, que era de por sí muy compasiva, dejó ver con sinceridad que sentía en extremo tal desgracia, sin sospechar que de esta suerte se aumentaría el ánsia de venganza del moro.

En cuanto este vió al alférez, le dijo:

—¿Sabes que mi esposa al oír lo ocurrido se ha puesto tan triste que se va á volver loca?

—Ya podiais pensar que así sucedería.

—No me tendria por hombre de valor, añadió el moro, si no le arrancase la vida á esa páfida mujer.

Ambos discutieron despues sobre si convendria más envenenar á Desdémona ó matarla á puñaladas, y de estos dos medios ninguno les pareció bueno.

—Ya he encontrado un medio seguro, dijo el alférez. La casa que habitais es vieja, y el techo de nuestro aposento está lleno de grietas. Con un saquito que llenaremos de arena, daremos golpes á Desdémona hasta que caiga muerta. Luego haremos que se desplome el techo, y diremos que ha muerto entre los escombros, de modo que nadie descubrirá nuestro atentado.

El moro acogió este medio como el mejor, esperando, sin embargo, unos dias hasta ponerlo en práctica. Por fin, una noche, antes de acostarse, ocultó á su compañero cerca de la alcoba de su esposa. El alférez hizo al poco tiempo ruido, y Desdémona tuvo miedo.

—¿No has oído ruido? le dijo el moro.

—Me parece que sí, contesto ella.

—Levántate, y mira si hay alguien ahí.

La infeliz se levantó, y en cuanto llegó á la puerta le dió el alférez tan terrible golpe, que cayó al suelo sin lanzar el menor grito.... Con voz casi apagada pidió socorro al moro, que, levantándose de la cama, se acercó y la dijo:

—Mujer infiel, ya has recibido la recompensa que merecen tus culpas. Así deben concluir las que, mintiendo amor á sus maridos, los venden y los engañan.

Desdémona comprendió entonces que su último momento habia llegado. Al segundo golpe que le dió el alférez imploró la justicia del cielo, ya que no la hallaba en la tierra, y llamó á Dios en su ayuda.

El asesino le dió el tercer golpe, y la desventurada quedó muerta.

El moro y su compañero la pusieron en la cama, echaron abajo el techo de la habitacion, y el moro pidió socorro gritando que su casa se hundia. Los vecinos acudieron al poco tiempo, y el cuerpo de Desdémona fué encontrado entre los escombros y las maderas. Todos sintieron en el alma la pérdida de una dama tan buena y tan virtuosa.

Al dia siguiente fué enterrada Desdémona.

Dios, que sabe apreciar con justicia lo que valen las almas de todos los mortales, no quiso que un crimen tan horrible quedara sin castigo. El moro, que amaba á su esposa más que á sí mismo, sintió tan acerbo dolor al verse separado de ella, que iba buscándola como un loco por toda la casa. Con ella habia perdido todo el bien de su vida, y se habia perdido á sí mismo. Poco á poco fué aborreciendo al alférez, de tal modo, que si no hubiera sido por no faltar á las leyes de Venecia, cien veces le habria muerto. Le quitó el grado, le espulsó de la compañía, y desde entonces reinó un odio implacable entre ambos.

El alférez, que buscaba todos los medios posibles para perder al moro, encontró por acaso un dia al teniente, restablecido de su herida.

—Ya ha llegado la hora de vengaros, le dijo. Venid conmigo á Venecia, que allí os diré quién os hirió tan villanamente. Aqui no os lo puedo decir; pero allí seré vuestro testigo ante los jueces.

El teniente accedió á sus ruegos, y ambos partieron para Venecia. El alférez le dijo por fin que el moro era quien le habia herido en la pierna, en la creencia de que Desdémona le amaba, y hasta añadió que el moro mismo la habia matado.

El teniente acusó al moro ante los señores de la república, y el alférez le sirvió de testigo. En cuanto los señores se enteraron de cómo habia dado muerte un bárbaro á una de sus compatriotas, mandaron prender al moro en Chipre y conducirlo á Venecia. Por más que quisieron hacerle confesar la verdad, condenándole á los mayores tormentos, el moro sufrió con la mayor resignacion todos los martirios. Nada confesó, y despues de permanecer largo tiempo en la cárcel fué desterrado, y por fin muerto como un malvado por los parientes de su esposa: todo lo cual habia merecido.

El alférez volvió á su patria, y al poco tiempo acusó á un compañero suyo de haberle ofrecido di-

nero por matar á uno de sus enemigos. Al pobre compañero le hicieron sufrir los más crueles tormentos, y como seguía negando el crimen de que se le acusaba, á su vez dieron tormento al alférez para ver si había dicho verdad. En tan mal estado le dejaron, que, conducido á su casa, murió á los pocos momentos.

Así vengó Dios la inocencia de Desdémona.

Esta historia la contó la mujer del alférez, que la sabía á fondo, y que nada había querido revelar hasta después de muerto su marido.

GIAMBATTISTA GIRALDI CINTIO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Estamos en plena estación, y la *moda* asegurada para todo el estío. Se viste de fantasía, siendo cosa convenida el que en las aguas y los baños de mar nuestros trajes se aproximan mucho á disfraces, puesto que escoge lo que agrada y sienta bien, sin preocuparse de nada más. La berta rusa sin mangas, que no había sido admitida, después de haber sido reconocida, es encantadora y sumamente cómoda para los días cálidos. Las hay elegantísimas, y también sencillas: las primeras son generalmente de encaje negro ó blanco, con adornos de entredoses y cintas; las otras son de cachemir, entre las que hemos advertido un modelo que nos parece de gran distinción. Es negra, rodeada de anchísimo galon cachemir de los más vivos colores, cuyo galon se viene hallando sobre todas las costuras; y como es muy ancho, realza espléndidamente la berta dándole un aspecto extraño. Rodea dicho galon las sisas, en donde supera á un alto jockey en guipure. Esta berta acompaña á una falda de tafetan á cuadros grandes encarnados y negros, lo que constituye un elegantísimo traje interior.

Colócanse estas bertas sobre cuerpos de muselina manzouck foular ó cachemir, y sobre las camisetas rusas, cuyo uso es ya general. Esta moda es agradable para el campo, y podemos citar con ella un maravilloso traje para una casada joven. Se compone de una falda en lirios gris plata, con una tira de tafetan azul, superada de un terciopelito negro en el bajo. La camisa es de foular blanco á lunares azules, con el cuello y vueltas de mangas de tafetan azul; un largo cinturón de tafetan del mismo color completa este traje encantador, de frescura y sencillez.

Nuestras elegantes no desdenarán los dos siguientes trajes de sociedad que les ofrecemos.

El uno de tafetan azul claro á larga falda lisa, y después otra en gasa tunecina con anchas rayas azules y blancas. Esta segunda falda, casi tan larga como la primera, por detrás remonta gradualmente, concluyendo por no presentar en medio sino el aspecto de una maldeta muy larga. Es recortada en almenas, y llena en los huecos y estremidades una borla de franja lana blanca. El cuerpo es escotado, con cinturón largo de tafetan azul anudado por detrás, y terminado por cabos guarnecidos de igual franja.

Encima se coloca un cuerpo alto de muselina blanca, sumamente guarnecido de *guipure cluny*.

El segundo es de muselina blanca lisa. Todo su adorno consiste en una serie de muletillas colocadas al vís á iguales distancias, que, partiendo desde el talle, se van desviando sobre el delantero de la falda, continuándose todo alrededor por encima del falso, y son de tafetan malva cubierto de *guipure cluny*. En medio del paño delantero hay una fila de botones de nácar. El cuerpo alto tiene muletillas sobre el pecho, terminando luego en una serie de muletillas que cuelzan alrededor, superadas de un cinturón con placa de nácar. Las mangas son casi justas con muletillas arriba y abajo. Estos trajes se completan con cuellos en encaje de *yak* ó con esos coquetones paletots pequeños y con capucha, de los que nos parece nos hemos ocupado ya en otra ocasión. Pasemos ahora á los trajes de playa, que son mucho más sencillos. Uno en sultana, gris plata, con una cuerda de seda azul en el bajo de la falda, y luego sobre cada costura un agremán de seda azul y pasamanería perlada, que drapea el traje sobre una enagua igual, adornada en el bajo, con un volante plegado bordeado de azul, y superado de dos cuerdas azules, formando una especie de arabesco que desciende sobre cada pliegue; casaca igual sin mangas con adornos de pasamanería, mangas de muselina á pliegues.

El segundo es de foular maíz á pequeños lunares negros; lleva solamente sobre cada costura una muletilla que levanta el traje, cuya muletilla parte de la cintura, y va ensanchando, guarnecida de un estrecho guipure negro con cabecilla de abalorio, y por en medio una serie de gruesos botones de azabache tallado. Casaca en tela igual, adornada de guipure y azabache. Estos trajes reclaman el sombrero redondo, por cuya razón vamos á indicar los más lindos.

Uno increíble en paja blanca, con bordes muy anchos, cubiertos de terciopelo negro; por delante *fouillis* de encaje negro con rama de verberna encarnada, echarpe de encaje anudado por detrás.

Toca de paja de Italia guarnecida de cascabeles en paja de terciopelo bordado de paja, y de un penacho de plumas de pavo.

Por último, sombrero de paja inglesa oscuro, de forma alta, con escarapela de terciopelo y penacho de plumas. Este último género es el más sencillo, y adoptado para viajes. — JOAQUINA DE CARNICERO.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

La explicación del figurín que repartimos con este número se pondrá en el inmediato, habiéndonos sido imposible meterla en este.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redacción, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865. — Establecimiento tipográfico de R. Vicente.

Calle de Preciados, 74, bajo.